

REVISTA CRITICA

LA LITERATURA SOCIOLOGICA FRANCESA EN EL BIENIO 1921 - 1922

Habrá que aguardar un conocimiento total y profundizado de la obra de Oswald Spengler *Der Untergang des Abendlandes*, cuyo tomo 2^o, *Welthistorische Perspektiven* se ha dado a la publicidat en Munich hace aproximadamente medio año, para formar un juicio cabal y seguro de su intento de ofrecernos una *morfología de la historia universal*. Con todo, es posible conjeturar que la obra spengleriana, tan rica de ideas, tan penetrada de una viril inspiración, no es — sin embargo — una sociología sino una novísima manera de “filosofía de la historia”. Mi eminente colega y amigo el Dr. Ernesto Quesada cree ésta mi opinión equivocada, pues se atiene a la naturaleza de *morfología* que el propio Spengler atribuye a su ensayo. Es claro que para mí no se trata de una “filosofía de la historia” al modo clásico, esto es, de un intento— como tantos otros congéneres—de explorar la historia de la Humanidad para clarificar con una ley universal el imponente proceso de la civilización; es—sí—una “filosofía de la historia” *de la discontinuidad*, que procede por ciclos de cultura enteramente autónomos, con nacimiento y vida propios, a diferencia de aquella otra manera de “filosofía de la historia” que puede llamarse *de la continuidad*, que postulaba el progreso indefinido y la realidad de la Humanidad como s r, para estudiar al través de sus manifestaciones la realización de la Providencia immanente, de la Providencia trascendente, de la Idea, etc; pero sea o no la doctrina de Spengler—con su concepto de “destino”, su extra a metodología adivinatoria o intuitiva y sus simbolismos—una tentativa poderosa de restauración de aquella venerable disciplina—suerte de alquimia de la historia—su propio carácter de *morfología* excluye la idea de confundirla con una verdadera *sociología*, como no sería posible confundir la biografía o la etopeya de un

hombre de genio, p. ej., con la psicología del genio, estudio de generalización y de principios.

No es necesario, sin embargo, recurrir a la actualidad de Spengler para advertir que la sociología empieza a rehacer sus cuadros después de la guerra de 1914. En Alemania, donde la ciencia bautizada por Comte no ha tenido, —fuera de Wundt—cultivadores de la talla de Spencer en Inglaterra, de Tarde, de Durkheim y de Espinas en Francia, de Ward y de Giddings en Estados Unidos, comienza a rebrotar la preocupación no ya por los estudios exclusivamente económicos de la *Volkswirtschaftslehre* de Wagner o de Schmoller,—los más conocidos fuera de Alemania—sino por desarrollos teóricos de más amplio horizonte. Al lado de Wundt—cuyas ideas sobre el origen del mito, del lenguaje y de la moral llamaron tanto la atención, y que llegó a sostener categóricamente en su *Ética* que “el individuo no es el motor de la evolución social”, no pueden olvidarse los nombres de Werner Sombart, Ferdinando Tönnies, Michels, Simmel, Oppenheimer, Barth, Kantorowitz, etc. Por otra parte, asociaciones especiales, como la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* y periódicos como el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* o el *Kölner Vierteljahrshefte für Sozialwissenschaften* avivan en el campo sociológico el celo por el puro y desinteresado “amor de comprensión” (*amor intellectualis, de Spinoza*), que es lo propio del sabio, y que tan imperiosamente reclama Alemania en los momentos de tribulación que atraviesa, cuando la terriblez del Destino excandece los ánimos y encona los corazones de sus hijos.

Pero es siempre en Francia—para no prolongar estas referencias con el recuerdo del estado actual de los estudios sociales en Estados Unidos—donde la ciencia de Augusto Comte—único genio filosófico francés que puede parangonarse con Descartes—se rehace por obra de abnegados paladines. Tuvimos la satisfacción de agasajar hace poco tiempo, después de haber escuchado su palabra límpida y ágil, al más autorizado, quizás, de los sociólogos europeos contemporáneos: Luciano Lévy-Bruhl. Su visita al país ha actualizado su obra y ha difundido su pensamiento. Todos recuerdan ahora, en particular después de la divulgación que con tanto acierto hizo en la prensa grande el Dr. Bermann y en la “Revista de Filosofía” uno de sus directores, las tesis y conclusiones de *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*, obra que debió llamarse ya *La mentalidad primitiva*, como el propio Lévy-Bruhl lo dice en el prefacio de su nuevo libro. No incurriré,

pues, en la impertinencia de volver ahora sobre éste, por grande que sea la tentación de retribuir la cortesía del señor Lévy-Bruhl al remitírmelo, a su regreso a la patria, con afectuosa dedicatoria. Aludiré, en cambio, con la brevedad que esta noticia consiente, a otras manifestaciones interesantes de la literatura sociológica francesa en el bienio 1921-1922.

Uno de los escollos más formidables con que ha tropezado en todo momento el afán proselitista que lógicamente supone la actuación universitaria y docente de los cultivadores de la sociología se encuentra en la penuria de obras breves y metódicas—los vilipendiados “manuales”—donde se contenga lo esencial para la iniciación en tan ardua materia. ¿Cómo coaptar la profusión de doctrinas que dominan todavía en la nueva ciencia y el esfuerzo de abstracción y de poder generalizador que el análisis de muchas de sus cuestiones implica, a la inteligencia, casi siempre horra de disciplina filosófica, de los jóvenes? La vaciedad y la pedantería han desacreditado muchos intentos de este género. Estos peligros y dificultades avaloran el empeño del señor Renato Worms al condensar en ciento sesenta páginas y con el título de *La sociologie: sa nature, son contenu, ses attaches*, los elementos sustanciales para la iniciación sociológica.

El señor Worms se encontraba particularmente llamado a cumplir esta tarea. Verdadero paladín de la nueva ciencia, ésta le debe la creación de una alta y prestigiosa academia: El Instituto Internacional de Sociología, cuya actuación he esbozado en la “Revista de Derecho, Historia y Letras” correspondiente a abril de 1922; débele aún la creación de un órgano especial: la “Revue Internationale de Sociologie”, docta y benemérita publicación que cumple en Francia la función que desempeñan en Italia la “Rivista italiana di sociologia”, en Estados Unidos “The American Journal of Sociology”, en Gran Bretaña “The Sociological Review”, etc.; débele, en fin, multitud de estudios y trabajos, y en especial, su libro capital *Philosophie des sciences sociales*, del cual el presente es, en cierto modo, síntesis fidelísima, encontrándose respecto de los tres tomos de la *Philosophie* en la misma posición que el pequeño volumen de Gabriel Tarde: *Les lois sociales*, respecto de la obra entera del filósofo de la imitación.

El pequeño volumen de Worms no está directamente destinado a los estudiantes; pero la limpidez de su exposición, la trabazón y perfecto ajuste de sus temas—, conforme a un plan de

conjunto—, la sobriedad de las referencias, lo hacen muy a propósito para la iniciación sociológica.

Sus tres partes capitales corresponden a las tres enunciaciones del título: a la naturaleza, al contenido y a las relaciones de la sociología. La conclusión de la primera parte es que la sociología es la filosofía de las ciencias sociales; conclusión que suscribo—por mi parte—siempre que por *filosofía* se entienda aquí la simple generalización y coordinación de los resultados que ofrecen las parciales ciencias de lo social, pues parece peligroso dejar subsistente en sociología el auge filosófico, propiamente dicho, que se notó en la época de Spencer. La sociología es siempre una *ciencia* por general y sintética que se la considere, y si puede ser mirada como una filosofía ha de serlo en la misma manera en que la biología p. ej. puede ser estimada una filosofía de las ciencias naturales; mas no con otro alcance.

Otro aspecto interesante, que conviene destacar siempre: Insiste el señor Worms en la necesidad de no confundir la sociología con el arte o la reforma social. Esto—la propensión reformista—parece cuestión de temperamento, de predominio del corazón y de la voluntad antes que de sumisión a la inteligencia, lo cual es siempre necesario y casi siempre excelente; mas a condición de no reclamar para tales empresas la consideración que se debe a la ciencia: son dominios o áreas de diversa actividad, que un día—ojalá sea pronto—concurrirán con sus resultados a racionalizar la política social. Bismark solía decir en el Reichstag: “Die Politik ist keine exakte Wissenschaft, wie viele der Herren Professoren sich einbilden, sondern eine Kunst”; pero si nunca podrá aspirar a la exactitud matemática, puede y debe tender, este arte, a cimentarse en la ciencia general de las sociedades.

La segunda parte es la más importante. Estudia aquí las cuestiones relativas al concepto de sociedad, al hecho social, a los elementos sociales, a la evolución social, al método y a las leyes. Es así una quintaesencia del contenido de la ciencia.

En la imposibilidad de tocar todos estos temas, diré sólo que en el capítulo sobre *el hecho social* Worms reitera su doctrina de que el hecho social no es fundamentalmente ni imitativo—como lo quería Tarde—ni coactivo, como lo pregonó Durkheim: “Es social—dice Worms—todo lo que supone *el concurso* de una pluralidad de individuos”; y luego: “El encuentro mental de los seres, he aquí para nosotros el hecho social originario”; conclusión cuya originalidad es evidente, aunque suscita reparos. El concurso, en

efecto, parece una simple *condición* para que el fenómeno social nazca, antes que su característica, como la *agregación* o la interacción de los individuos es condición para que vayan creándose esos conjuntos de hábitos, representaciones, nociones, deseos y prejuicios comunes que constituyen la conciencia colectiva, esto es, la materia misma de la sociología. Otras veces, en sociedades des-envueltas, el concurso será *manifestación* o resultado de la vida social, y entonces ésta supone otras condiciones: las condiciones que aseguran el nacimiento de la *conciencia de la solidaridad*, mediante la simpatía.

El punto más serio de todo tratado de sociología es, en mi concepto, lo que Comte llamaba la "dinámica social", es decir, el estudio de los agentes que promueven las transformaciones colectivas. En esta parte el libro del señor Worms pudo haber esbozado una dinámica social al tratar, en el capítulo XIII, la evolución de los agregados, tanto más cuanto que en la *Philosophie des sciences sociales* no esquiva el difícil asunto. No lo ha hecho, sin embargo, contentándose con establecer, genéricamente, que el *deseo de mejorar* es el motor de los cambios estructurales de las sociedades. También pudo haber simplificado el capítulo sobre *método*, exponiendo lo que es rigurosamente propio de la ciencia social, abandonando ciertas generalidades, útiles, sin duda, en un amplio desarrollo del tema, pero menos requeridas en un trabajo de síntesis.

La última parte analiza brevemente las relaciones de la sociología con la cosmología y la biología, con la psicología, con las ciencias y artes sociales y — en fin — con la filosofía.

Es, en resumen, una exposición docta sin pedantería, que sintetiza sin empobrecer y que concluye sin dogmatizar. Los profesores sabrán agradecer al señor Worms un esfuerzo tan inteligente como el que su nuevo trabajo exterioriza.

En el mismo año 1921 la literatura sociológica francesa se enriquecía con una obra del profesor de filosofía en el liceo Hoche, de París, señor Carlos Lalo, titulada: *L'art et la vie sociale*. El señor Lalo se hizo notar en 1912 publicando una interesantísima *Introducción a la estética* cuando aún era profesor en el liceo de Burdeos. Su conclusión, entonces, fué que debía reconocerse la legitimidad de una estética experimental a la vez *dogmática* — en cuanto busca establecer leyes — y *relativista* en cuanto la experimentación estética se vincula estrechamente a la evolución social, alejándose de valores estéticos absolutos.

El nuevo libro forma parte de la excelente Enciclopedia Científica dirigida por el Dr. Toulouse, cuya sección de sociología está a cargo del eminente profesor de ciencia social en la universidad de Burdeos, señor Gastón Richard. Su objeto preciso—el del libro de Lalo — es el estudio de las condiciones sociales *anestéticas* del arte, como parte de una estética sociológica integral. En efecto: Según las ideas del autor, el programa total de una estética sociológica comporta tres finalidades supremas: primero, las condiciones sociales anestéticas del arte; segundo, las condiciones sociales estéticas, y por último, las reacciones recíprocas de los hechos estéticos y de los hechos anestéticos. Estos tres objetivos realizan en conjunto, una forma nueva y positiva de la vieja “filosofía del arte”, tal como Taine y Hegel la propusieron.

El profesor Lalo encara el estudio del primero de aquellos objetivos. Analiza, al comenzar, la influencia del *trabajo sobre el arte*, la división del trabajo en el arte y cómo el artista vive del arte; luego examina las relaciones entre *el arte y las clases sociales*, poniendo de relieve el influjo del lujo y de la moda y las repercusiones de los elementos económicos de la vida social, en el arte; en un tercer capítulo trata *del arte y la familia*; en el cuarto, *del arte y la vida política*; en el quinto y último, *del arte y la religión*.

Las conclusiones de la obra son pocas pero de gran valor: Las condiciones anestéticas no son *suficientes* para explicarnos la vida artística integral, pero son *necesarias* “en cuanto el arte, que no puede establecerse en el vacío, se construye con los materiales que las otras actividades le proporcionan, y a las cuales impone su forma propia”; es imposible o por lo menos prematuro, jerarquizar rigurosamente las condiciones anestéticas del arte según el orden de su importancia estética o el de su génesis histórica; “la estética sociológica se esfuerza por establecer en qué condiciones sociales *tal* ideal artístico es un *hecho* que se impone a las conciencias individuales de un grupo o de un tiempo dados”; en fin: la estética sociológica lleva a “juicios de valor” aunque parta de los hechos colectivos más susceptibles de ciencia: es esencialmente *relativista* en cuanto el ideal de belleza que estudia varía con sus condiciones de existencia; conclusiones que, según se ve, reiteran y afirman las de la *Introducción a la estética*, obtenidas hace diez años.

El libro del señor Lalo es un estudio serio y científico de estética positiva. Parecerá, sin duda, un tanto monótono en la grisácea

corrección de su estilo, impuesto por la índole de la obra; disgustará probablemente a los *dilettantes* y a los estetas de ocasión, cuya gárrula crítica suele alimentarse de dos o tres fórmulas presuntuosas, adornadas con el pampanaje de una retórica paradójal; pero si algún sacerdocio hay ahora rígidamente incompatible con el éxito mundano y con el reinado de la frivolidad, es el sacerdocio de la ciencia. Que los teorizantes del “arte por el arte” lo recuerden al iniciar la lectura del libro de Lalo.

El año que acaba de fenecer ha sido particularmente fecundo para la escuela del malogrado Emilio Durkheim. Fuera de *La mentalité primitive* de Lévy-Bruhl, aparecieron en 1922 dos libros inspirados en las tesis de la escuela objetiva: uno de Alberto Bayet, titulado *Le suicide et la morale*, y otro de Jorge Davy: *La foi jurée: étude sociologique du problème du contrat*; ello, sin incluir en el saldo otros trabajos de interés correlativo, como el muy elogiado de Bouglé, discípulo también de Durkheim, sobre la evolución de los valores.

El señor Davy, profesor en Dijón, es generalmente conocido como autor de una exposición muy aguda sobre la sociología de Durkheim. Además—y en el campo de la filosofía del derecho—ha tratado de conciliar, en forma inteligente, las teorías realistas e idealistas del derecho, poniendo paz en la disidencia viva y ardiente que existe entre Francisco Gény, el prestigioso decano de la Facultad de Derecho de Nancy, y su colega de Burdeos, Duguit, el famoso autor de tesis revolucionarias sobre los fundamentos del derecho objetivo y el concepto de sujeto del derecho, divulgadas en la segunda edición del tº I de su *Tratado de derecho constitucional* y combatidas otra vez por Gény en el número de octubre-diciembre de 1922, recién llegado, de la “Revue Trimestrielle de Droit Civil”.

El libro del señor Davy que ahora quiero resumir, puede estimarse como un estudio de etno-sociología jurídica. Después del fastigio de la orientación etnográfica en las investigaciones de historia del derecho, vino un momento de *relâche* y de fatiga. Pareció que el análisis de los pueblos primitivos comportaba cierta inseguridad radical en las conclusiones, y una duda inquietante, que hería el corazón mismo de las investigaciones, pues ni se estaba seguro de que los indígenas objeto de estudio fuesen en realidad *primitivos* antes que degenerados o *decadentes*, desde el punto de vista social, ni había precisión técnica en el vocablo “primitivo” que se aplicaba y se continuaba aplicando a aquellas organizaciones

rudimentarias. La escuela de Durkheim puso cierto orden en los trabajos, precisó hasta lo posible el concepto de “primitivo”, revisó las teorías dominantes y afirmó netamente que la sociología no podía prescindir de la etnografía, y que si la historia es indispensable para el conocimiento objetivo de las cosas sociales es también—por sí sola, insuficiente: etnografía e historia son los dos brazos de la ciencia general de las instituciones.

El libro de Davy reafirma estos principios y trae una prueba excelente de cómo la *objetividad* se concilia con el *idealismo*, contra lo que suelen pensar las gentes de razonar repentista, pues partiendo del análisis de las condiciones sociales que explican la aparición del contrato, señala como término de la evolución de las relaciones contractuales una individualización y una interiorización crecientes en las obligaciones contractuales: “sólo tomando por templo el fuero interno del individuo adquiere el derecho su naturaleza moral, y recíprocamente, el haberse hecho por su cuenta su súbdito y campeón fortifica en el individuo el sentimiento de la dignidad y de la responsabilidad individuales” (p. 9).

¿Cuáles son los motivos que conducen a valorizar los compromisos de las gentes? Parece que esto es resultado de la civilización; mas esta vaga explicación se halla bien lejos de satisfacer al hombre de ciencia. Así, hay que examinar qué situaciones de hecho, reales, contribuyen a crear el vínculo contractual, permitiendo verificar la exactitud del aforismo que dice que “del mismo modo que se traba a los bueyes por medio de los cuernos se traba a los hombres por medio de las palabras.”

Para esto, el señor Devy recurre a una serie de hechos y de observaciones recogidas por los etnógrafos que han estudiado algunas tribus indígenas del nor-oeste de América (Columbia británica) y que han fijado su atención en una curiosa institución llamada *potlatch*, propia de esos pueblos y de otros de Melanesia. Del *potlatch* se habría desprendido el contrato, que surge de dos fuentes: las relaciones de familia y las relaciones de fratria. En consecuencia, el contrato, originariamente, nace y se mueve en la esfera del derecho público aunque no,—como se ha venido repitiendo — porque todo contrato deba necesariamente derivar del tratado de paz que subsigue a la guerra, o de la “composición” que concluye esa otra guerra que es la venganza del delito, sino porque el grupo social se divide en dos campos antagónicos, “entre los cuales reina una hostilidad constitucional y reglamentada que, en las circunstancias esenciales de su vida religiosa y por contra-

golpe de su vida político-social, los hace oponerse y afirmar su rivalidad antes de resolverla en una colaboración cuyos fines son igualmente reglamentados”: es la alianza estatutaria entre las fraternidades, que alterna regularmente con la rivalidad, la que suministra el primer punto de arranque al contrato. Tal es, en pocas palabras, el contenido íntimo del substancioso estudio sociológico del autor. Su conclusión última y trascendental es que el problema del contrato no se resuelve por alardes de dialéctica: la observación rigurosa e incesante de la vida primitiva muestra que la noción de contrato se forma poco a poco, a medida que se asocian, para responder a una función social, los elementos de la institución característica objeto del análisis. El contrato — en suma — “no es una invención del individualismo jurídico, sino una institución objetiva.”

Se trata de un refuerzo considerable a esa corriente sociológica en la que trabajan Lévy-Bruhl, Bouglé, Fauconnet y otros. Todos los que saludaron el manifiesto de la escuela objetiva contenido en *Las reglas del método sociológico* de Durkheim, aplaudirán el trabajo rico de datos, serio en la doctrina, cauto en la generalización que acaba de ofrecernos el señor Jorge Davy.

Igual interés, aunque con otro significado, despierta el libro del señor Alberto Bayet, inspirado igualmente en los principios generales de la escuela objetiva, modificados por el autor en la parte concerniente a los hechos morales.

Su libro trata de dar respuesta a estas tres preguntas: ¿Cuál es hoy en Francia la moral dominante respecto del suicidio? ¿Qué será mañana esa moral? ¿Qué era ayer? Al intentar respuesta objetiva a tales cuestiones, Bayet quiere probar con un ejemplo preciso que la “ciencia de las costumbres”, — lo que él llama la *etología* (y que no hay que confundir, agrego yo, con la *etología* que soñó constituir Stuart Mill) — puede ya independizarse de la filosofía propiamente dicha, dar resultados teóricos y resultados prácticos.

Comienza por dejar constancia de que ha renunciado al método que consiste en establecer por razonamientos y argumentaciones, que el suicidio es en sí cosa lícita o ilícita, como también a ese otro según el cual existe una especie de *ley natural* por la que todo sér debe perseverar y conservarse: aunque esto fuese cierto ¿porqué la moral debería condenar el suicidio?

Tampoco acepta Bayet el método seguido por Durkheim en su libro más criticado: *El Suicidio*, aunque—repito—deja establecido

que obedece “a los principios generales formulados en *Las reglas del método sociológico*”. Teóricamente, el método de Durkheim, que reposa en la distinción entre lo *normal* y lo *patológico* despier-ta serias objeciones; prácticamente, los hechos que deben ser exami-nados tienen que encontrarse bien concretados y ser bastantes nu-merosos. Esta última es, justamente, la parte débil del estudio de Durkheim.

Por consiguiente, el señor Bayet sienta que al ocuparse de fe-nómenos morales hay que multiplicar los medios de investigación, sin omitir uno solo bajo pretexto de que solamente los hechos tan-gibles y fijos permiten la aplicación del método positivo. Tres categoría de hechos nos dan la plena sensación de la realidad mor-al: primero, las *fórmulas* de los filósofos, de los moralistas, de los profesionales, de los literatos, de los manuales de enseñanza, etc; segundo, ciertos *hechos jurídicos* expresivos de la moral real (jurisprudencia, escritos de los juriseconsultos); tercero, los *usos morales*. Bayet siente bien la insuficiencia del método preconizado por Durkheim para el estudio del suicidio cuando advierte que de dichas tres categorías de hechos los más dominables o utilizables son los menos seguros, y los más seguros — los usos — son los menos dominables; por esto, recurrirá a una cuarta fuente, desde-ñada por Durkheim: *la literatura*.

Armado de tales premisas, Bayet penetra al campo de su in-vestigación previniendo todavía que hay en la hora actual dos morales: una moral *simple*, que condena todos los suicidios en prin-cipio y en todos los casos, y una moral *matizada* o flexible (*nuan-cée*) que distingue los casos y va del horror a la condenación, de la desaprobación a la compasión, de la compasión a la excusa, a la aprobación, a la admiración. ¿Cuántos suicidios, en efecto, no han sido mirados como rasgos de heroísmo y de grandeza? En el dere-cho, cuyas manifestaciones estudia, el autor nota predominio de la moral *matizada*; en las costumbres, ésta y la moral *simple* pare-cen equilibrarse; en el teatro, hay asimismo equilibrio de ambas en las palabras, y triunfo de la moral *matizada* en el hecho, exac-tamente como ocurre en la novela; en fin, las dos morales luchan en el terreno profesional y religioso.

¿Basta esto para prever el desenlace de la contienda entre ambas formas de moral? Sin duda, no. Si el presente vacila y en-mudece cuando se le interroga, es menester volver al pasado. El **pasado** nos dirá no sólo de dónde vienen las dos formas de la moral hoy en lucha, a qué realidades sociales se enlazan en la historia,

sino también autorizará una previsión científica acerca del desenlace del conflicto.

Una vasta exploración del pasado lleva al señor Bayet a sostener que el horror al suicidio no es de origen judío, ni cristiano, ni céltico: viene, con la moral matizada, del paganismo; la moral *simple* se vincula a la ignorancia y a la servidumbre; la moral *matizada* es la de una aristocracia libre e ilustrada. Ambas morales penetran en la Iglesia: la popular triunfa en la Edad Media y en la época merovingia; la matizada se insinúa débilmente, crece en el siglo XVII y triunfa en el siguiente, obteniendo una segunda victoria con la Revolución francesa; el siglo XIX ve iniciarse una ofensiva de la moral *simple*, que concluye con una tercera victoria de su rival.

Las conclusiones son éstas: la moral matizada triunfa con las *élites*, con la cultura y con la libertad; la moral simple triunfa con la barbarie, la ignorancia y la servidumbre. Las fluctuaciones de una y de otra, las victorias y los reveses autorizan, con el testimonio de la historia, semejante *ley etológica*, no ley general de la *naturaleza social* sino ley específica de la sociedad romana y francesa. Así, ninguna de las hipótesis corrientes, que pretenden explicar la moral simple y la reprobación lisa y llana del suicidio, es válida. No la de Durkheim, según la cual la condenación del suicidio se explica por el respeto a la dignidad humana, desenvuelto y promovido por la civilización, pues aquel sentimiento existe también en la antigüedad y está vinculado a la esclavitud; no la hipótesis por la cual el horror a la sangre explicaría el horror al suicidio, pues el hecho de que parte, o sea la hostilidad de la Iglesia al homicidio y, por lo tanto, al homicidio de sí mismo, es un hecho inexactamente interpretado; no, por último, la hipótesis según la cual el horror al suicidio es creación de la Iglesia, pues la moral simple existía en la sociedad pagana, mucho antes del nacimiento del cristianismo.

Como conclusión práctica tendríamos la previsión de que la cultura general aumentará, y con ella, la supremacía de la moral matizada, a medida que se extingan las instituciones y las morales que someten el hombre al hombre.

Nada tan interesante, según se habrá advertido, como las premisas y las conclusiones de este libro, extraordinariamente denso de materiales en sus ochocientas páginas, y transparente de doctrina. Desencadenará, por cierto, vehementes impugnaciones y lastimará un poco la fina epidermis de los moralistas a pesar de que

su síntesis última se coloca bajo la advocación del idealismo más puro al anhelar y prever la exaltación de la personalidad humana y de sus derechos; pero todo ello, mejor que nada, traerá la prueba de la hondura y amplitud con que la delicada tarea ha sido llevada a feliz término, con objetividad, con destreza y con amor.

Tal es el balance de la literatura sociológica francesa, en sus obras más significativas, durante el bienio 1921-1922, sin incluir— otros trabajos sugestivos pero de menor significado, como el libro de W. Malgaud sobre *El problema lógico de la sociedad* ni los que pueden clasificarse de pseudo-sociológicos, como el de Renato Gillouin: *Una nueva filosofía de la historia moderna y francesa*. Lo expuesto basta, me parece, para apreciar cómo la sociología siguió siendo, en general, una ciencia francesa por el talento y los esfuerzos de Lévy-Bruhl, Worms, Fauconnet, Bouglé, Lalo, etc. Y en Francia al igual que en el resto de la civilización, los impresionantes cambios sociales que ahora se cumplen han de acelerar los progresos de la joven ciencia, del mismo modo que las crisis y desgarramientos de la corteza terrestre han hecho avanzar las investigaciones de la geología.

RAÚL A. ORGAZ

Febrero de 1923.
